

“YUSSEF”

Empezaremos por describir al personaje, como uno de los escasos hombres que, en contacto con la sociedad desarrollada, desconocía lo que era el fútbol.

Hombre de más de seis pies de alto, como describía María Luisa Estefanía en aquellas novelas del oeste americano, que de una sentada o un recorrido de ida y vuelta en el metro madrileño se leía. Lo que los muchos aficionados a esas lecturas transportaban en el bolsillo trasero de su pantalón. Allá por los años 50.

El personaje central que describía, la mayoría de las veces, no desentonaría con el de este relato. Era como un Gary Cooper, de andar altivo, de acusada delgadez, de rostro alargado, pero a diferencia de él, de piel aceitunada, sino azul, por el tinte desprendido de sus vestidos.

Nativo, para los que allí habitamos las tierras saharianas; hombre azul, para los que recorren el desierto. Por vestimenta, su larga túnica celeste de fino hilo, sus dorsales abiertos para que el aire circulase refrigerando. A veces, un turbante negro, rodeando su barbilla, dejaba su cara al descubierto y en sus pies, calzando unas nailas secas de piel de camello. Era toda su indumentaria.

Acudía con un saco que transportaba sobre su hombro, cogido por su abertura enrollada y asido con una sola mano. En su interior, unos paquetes de tabaco, que vendía cigarro a cigarro, cacahuets, caramelos, galletas, bolsas de patatas fritas y una gran lata de sardinas en aceite, envuelta en plástico, de la que las sacaba mezcladas con arena. Milagrosamente, conservaban su jugo tras varios días abierta. Media docena de barras de pan era el completo.

Se sentaba en el cuerno de una duna, en cuyo hueco, que protegía del viento, un teniente. Todos los días daba su teórica de orden de combate a sus más de doscientos reclutas. Tras el saludo de buenos días de ese mando, sus primeras palabras siempre eran las mismas. *Mi teniente, segue, que tu habla mu bien io vengo a escucharte.*

Llegado el alto del bocadillo, el oficial hacía la correspondiente propaganda recomendando no comprar otra cosa que les pudiera provocar una disentería. Con su venta, el nativo, de nombre Ben Yussef (hijo de Ben Ben de Yussef), ganaba escasas pesetas, pero suficientes para hacerse con su harina, té y azúcar de pilón, pues las otras viandas se las proporcionaba su ganado.

Así, su joven mujer y sus cuatro guayetes de corta edad iban tirando de la vida. Habitaban en su haima, a un par de kilómetros, donde su teniente, como él decía, impartía la teórica.

Preguntaba, después de la explicación: ¿Qué es un abrigo? ¿Qué es una cubierta? Nunca entendió para qué un soldado tenía que contestar a eso y

menos a lo que era un ángulo de tiro, una trayectoria o un ángulo de situación, si muchos de sus reclutas no sabían leer ni escribir y esos, mejor que ninguno, se protegían del fuego enemigo o de su visibilidad, sin tener que enseñarlo.

Era tiempo de largas explicaciones como, las de qué hacer para confundirse con el terreno. Cosa difícil en el desierto de solo arena. Si no era enterrándose o colgado de las crines del camello para ocultarse. Lo que hacían los que antes se convirtieron en enemigos de España, o recordar aquel recluta pelirrojo, que al preguntarle: "Si te encuentras en un campo de trigo con sus amapolas, ¿de qué te camuflas? Su contestación, le bautizó para todo su servicio militar: "De amapola, mi teniente".

Después de esa primera parte, de la pesada charla, tras la que, después del descanso, le seguiría la práctica, se sentaba todos los días con Yussef.

La pregunta diaria: *Mí teniente, ¿por qué no casas? Tú eres teniente. Tene dinero y esta forte, una nemora, te limpia casa, te hase comida, lava tu ropa y por la noche, chapa que chapa.* A continuación, le sucedía siempre la invitación hospitalaria a tomar el té en su haima.

Moralizaba sobre lo que es el amor. Pero para él, Alá había puesto a la mujer solo para esos quehaceres tal y como Mahoma decía, le había relevado.

Un día, un recluta le compró uno de sus bocadillos. Tras haber untado una barra de tierno pan con el aceite de las sardinas, que, a falta de cuchillo, empleaba sus dedos de uñas negras, introdujo tres sardinas que le dejaron sus manos impregnadas. Las lavó con el agua del desierto, la arena.

El recluta, junto con otros, permanecía a nuestro lado, sentados sobre la arena.

Yussef preguntó a su teniente, *¿Quién e el tiniente que juega contra un equipo de tercera división?*

-- No entiendo, *si mera, e un tiniente que juega, solo, contra un equepo. ¿e de la legión o nómadas?*

-- Sigo sin comprender, en fútbol, son once contra once, volvía, erre que erre a lo que preguntaba.

-- Yusef, *¿de dónde sacas eso.?*

-- *Mera, me tiniente, esta semana no hay partidos; la lega se ha termeinado y pone quenela equepos de tercera e uno de ellos e un tiniente de Elche.*

La carcajada de los reclutas la oyó la javara, quien, como buen correo sahariano, llevó la noticia a lugares lejanos.

Defender a Yuseef y dominar la risa para no ofender a su amigo fue un hecho heroico para ese oficial.

En fin, ¿quién a este hombre del desierto? Le va a hablar y hacer comprender que su tierra tiene fosfato y petróleo y que los que conocen el fútbol, no como

él, son capaces de destronarle de su haima, sus guayetes o sus largas noches de charla, donde no participa su mujer, degustando su té en compañía de sus amigos hasta el amanecer.

A cambio, podrán construir el edificio más alto del mundo, como en Dubái. En los mejores coches del mercado se podrá trasladar. Disfrutará de los jardines, de pistas de esquí artificial. Es como si te traen de las Indias, como hizo Colón, para demostrar que al nuevo mundo llegó. Pero esos indios regresaron, a lo que es similar, pero diferente, ya que a este saharauí nunca le gustaría abandonar su desierto con su saco y su teniente que le sacará de sus dudas.

Yusef, cuando ese teniente disfrutaba de su permiso colonial, por la tarde, vendía las cosas de su saco a través de la alambrada perimetral del campamento, pues su amigo con el que todos los días charlaba no acudía a su duna.

Un malnacido le quiso robar una de sus escasas pertenencias cuando, con una navaja, sacaba punta a un palo. En el forcejeo, le hizo un rasguño en una mano al ladrón. Lo acusó de querer apuñalarlo. Fue conducido al calabozo en espera de que la policía fuera en su busca. En él lloraba. *!! Qui venga el tinenete Barber, él mi conoce y sabe qui io no puedo hace malij*

Cuando su teniente regresó del permiso, sus compañeros le preguntaban: "¿Qué es lo que le has dado al nativo que no hacía más que preguntar por ti?".

-- Solo trato de persona a persona, no como el soberbio, que mucho conoce, trata al que nada sabe.

A los casi 50 años de este hecho, esos o más rondarían, cuando entonces Yussef llegó al paraíso. No necesitará agua, su saco estará limpio, lo mismo que sus manos. El calor se lo disiparán las sombras de los árboles, el sonido del correr del agua, su música, junto a él, las uries más bellas, despidiendo los olores más sensuales de los perfumes orientales. Sus finas sedas de cachemira acariciarán sus cuerpos en los movimientos de las danzas que dedicarán a Yussef. Ya no tendrá dudas de que el teniente jugará solo contra otro equipo. Alá se las resolverá.

Barber Buesa, Enrique. (Barcelona, 21/12/2019)
Intendencia.
El Aaiún. 1968-1969